

RELATOS DE VERANO**ESTATUARIA. LEYENDA DE LA GRANADA QUIETA****JUAN JESÚS BARQUERO BAENA**

Has de saber, ilustre señor, lo que en verano sucede en Granada. Durante las cálidas noches, las estatuas despiertan de las plataformas y hornacinas. A lo largo del día, almacenan calor y desperezan sus estructuras con el crepúsculo. Pasean por las calles, se reúnen en las terrazas, asisten a las verbenas y traman lo que les tercia el azar. Su invisibilidad es amparada por la falta de cultura de la baraúnda de calaveras, crámulas y otros asiduos de las sombras.

Frente al Triunfo, la estatua de Federico García Lorca se levanta y sacude sus telarañas. Invoca a Fray Leopoldo y espera a que bajen por la Avenida el maestro Frascuelo, Manuel de Falla, Pedro Antonio de Alarcón y el resto de insignes estáticos que pueblan el bulvar. Guían sus armazones hacia Plaza Nueva. Con gesto solemne, abre la comitiva en eterno paseillo Frascuelo, hurraño por los lamparones que un vándalo ha provocado con pintura roja en su traje de luces. Delante del Palacio de la Chancillería esperan los demás. No dejan de moverse: odian la quietud como la aborrecen los perros chicos. Federico, ilusionado, lanza una pregunta al aire: «¿han erigido ya la estatua de Luis Rosales?» Añora a su amigo. Suspira por fundirse con él en un profundo abrazo y dejar claro a todo el mundo que Luis no tuvo la culpa. Pretende encontrarse a Marianita, coger su mano y susurrarle unos versos al oído («... Cómo podría quererte no siendo libre...»). No obstante, el Gran Capitán acapara la atención de la costurera liberal. Mariana y el montillano llevan lustros enamorados. Nunca un amor de verano se ha hecho tan pétreo, fraguado y duradero. Elena Martín Vivaldi intercambia estrofas con Manuel Benítez Carrasco; Soledad versus Soleá. La Vivaldi



:: IDEAL

taciturna bisbisea «...y era un silencio duro como piedra; un silencio de siglos...» El albaiciner vivaracho declama con ademanes exagerados: «mira si soy desprendido que ayer, al pasar el puente, tiré tu cariño al río». Elena sonríe; medita Manuel...

Isabel la Católica espera impaciente en su pedestal la llegada de Carlos V. La Plaza de la Universidad

queda lejos. El Emperador refunfunña molesto: el pasado otoño, los estudiantes lo engalanaron con una bata de cola hecha jirones («¡ni que fuese La Tarasca, pardiez!»). El Padre Suárez, después de cruzar la portada de la Facultad de Derecho, toma del brazo al Habsburgo y lo recibe en confesión. ¡Qué extraño! Iglesia y Estado yendo de la mano. Colón,

pedigüeño, aprovecha el impasse para dorar el oído de la piadosa Reina con el sueño de nuevos viajes, aventuras, descubrimientos y blablablá... El Duque de San Pedro de Galatino, flotando vaporoso en el aire, huye de la Casa de Los Tiros; mira de reojo el monumento del gran actor Isidoro Máiquez; lo complace: los monolitos no pueden desplazarse. Y piensa que, al menos, Isidoro disfruta de la aromática cocina de la Alacena de las Monjas («que te dan gloria bendita, pastillitos de toronja y dulces de leche frita»: palabra de Carlos Cano, el trovador irrepitible). El noble emprendedor echa de menos, en sus andanzas veraniegas, un coche de caballos o su insuperable tranvía, pero entiende que no hay nada que hacer de madrugada. Sólo ruega que los vientos de Sulayr no le impidan arribar en Plaza Nueva.

Washington Irving y Ángel Ganivet bajan presurosos por la Cuesta de Gomérez. El americano no quiere alejarse de la Fortaleza Roja, pero el precursor de la Generación del 98 convence al neoyorquino apelando a su voluntad: «más se perdió en Cuba». Y apunta que, si fuese por él, iría a beber agua a la Fuente del Avellano. Ganivet -taimado- promete compartir una leyenda inédita narrada por un Hijo de la Alhambra. Alonso Cano, el indomable centinela de la Catedral, se burla de Pedro Antonio de Alarcón. Anuncia sarcástico que nunca un escritor había reunido tanta juerga en una sola calle. Alarcón replica en jarras: «¡Picapedrero! Te enviaba al Corregidor.» Albert Einstein, fugado del Parque de las Ciencias, se acerca a Yehudá Ibn Tibón. Le propone jugar a los dados y entablar una conversación sobre el Universo y la existencia de Dios, mientras San Juan de la Cruz pega la oreja y espera impaciente la

oportunidad de intervenir. Si bien Fray Luis de Granada lo aparta con suavidad y le musita al oído: «Juanito, no te pongas tan místico». «Si es que vivo sin vivir en mí» -se justifica el santo. («Excusatio non petita, accusatio manifesta»).

Todos esperan que no se repitan los sucesos del año pasado. Una noche estival, la soberbia estatua ecuestre que corona el Ayuntamiento barajó el delirio de ser admitida en el gremio de los estáticos. Al verla llegar, Lorca, asustado, se escondió detrás de Fernández de Córdoba, mientras el bailar Mario Maya espantaba al caballo desbocándolo hacia el Paseo de los Tristes, hostigado por dos gárgolas de la Catedral y perseguido, a golpe de martinete, por María la Canastera zapato en mano. En la Cuesta del Chapiz, Chorrojumo le lanzaba garrotazos a diestro y siniestro: la cabalgadura herida quebró su huida hacia el Sacromonte. Por ello, es frecuente que en Valparaíso se levante un viento tirano con eco de cascos y bufidos fantasmagóricos.

Si una madrugada de bochorno -al aullar un perro asirio-, te desvelas; paseas tu insomnio por el Parque, y observas a un tipo elegante asomado al mirador de la Huerta de San Vicente, que te llama por tu nombre, hace gestos para que te acerques y recita «si muero dejad el balcón abierto», es seguro que las autoridades han tenido a bien erigirte una estatua. Sin duda, durante tu vida, habrás sido un reputado personaje. Pero tenlo claro: ya no perteneces al mundo de los vivos. Gozas del honor de estar empadronado en la Granada quieta, la Ciudad de la Buena Muerte: permanecerás rodeado de arrayán, en un pedestal encumbrado; añorando -como los zagales y sus maestros- la llegada del verano.

LAS CUADRILLAS Y JUAN PINILLA CIERRAN EL ORCEFOLK

Más de millar y medio de personas pasaron este fin de semana por la décima edición del Orcefolk, clausurado con las actuaciones del cantautor Juan Pinilla y el guitarrista David Caro -el mismo día y a la misma hora en la que recibía hace diez años la 'lámpara minera del cante' en La Unión- y las cuadrillas de Orce y Huéscar con sus mejores galas, traje típico y cuerpo de baile incluido, haciendo las delicias del público que abarrotaba la Alcazaba de las siete torres. /J.J.G.



:: J. J. CARVAJAL